Año XVI. 12 Octubre 1876. Núm. 4,522

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

†

EL EXCELENTISIMO É ILUSTRISIMO SEÑOR

DR. D. FRANCISCO LANDEIRA Y SEVILLA,

Obispo de esta Diócesis, Caballero gran Cruz de la órden americana de Isabel la Católica y de la de Beneficencia de primera clase, antiguo Senador del Reino etc. etc.

Falleció en la ciudad de Lorca el dia 15 de Setiembre de 1876.

R. I. P.

El sábado 14 del corriente mes y año á las nueve y media de la mañana se celebrarán en la Iglesia Parroquial de esta ciudad solemnes honras en sufragio de su alma.

El Cura de esta Parroquia y demás clero de ella tienen el honor de ponerlo en conocimiento de los feligreses de la misma por si tuvieran voluntad de vestir.

Jueves 12 de Octubre.

El Eco de Cartagena.

El porvenir de Cartagena.

V.

No me sorprende, antes bien esperaba que el jóven Director de EL ECO, mi apreciable amigo, habia de contestar á mi artículo sobre la casa consistorial, presentándome el obstáculo de la subasta de obras ya contratadas, el fracaso del Ayuntamiento en otras épocas que solicitó el palacio de la Capitanía General para Casa consistorial y cosas por el estilo. A todo esto le respondéré, parodiando á un ministro célebre, «bien ¿y que?» que es muy difícil obtener ese palacio? Mejor, asi será mayor la gloria que resulte de conseguirlo; pero casi imposible, como dice el Director de EL ECO? No me conformo.

Ya que mi amigo ha escrito tan fácilmente una palabra que yo tiemblo de escribir, voy á referirle lo que han dicho acerca de ella varios hombres célebres. El matemático Alembert;—«la palabra imposible debia borrarse del Diccionario.»—El astronómo Arago;—«todo el que fuera de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible, dice un absurdo.»—Napoleon I;—«¿Es posible? esta hecho: ¿es imposible? se hará.—Estos hombres que no admitian el imposible, ¿como hablan de admitir el casi imposible del Director de EL ECO?

Como prueba de lo que puede una voluntad tenaz é inquebrantable presentaré algunos rasgos históricos. El canónigo aragonés Pignatelli, Director de las obras del Canal imperial en tiempo de Cárlos III y Cárlos IV, estaba construyendo la gran presa de donde habian de tomar las aguas del caudaloso Ebro.—«Señor, le decia un sobrestante, el rio ha destruido en una crecida todas las obras que hemos hecho.»—Adelante, contestaba el imperturbable canónigo.—«Señor, decia otro, el rio ha arrebatado en su corriente á cuatro presidiarios, estos eran destinados á las obras mas expuestas.—Adelante.—«Señor, no encontramor trabajadores»—Llevad á todos los que encontreis, quieran ó no quieran, y el que no quiera trabajar que pague.—«Señor que el caballero tal no quiere pagar ni trabajar.»—Atadlo codo con codo, llevadlo á la presa y obligarle á trabajar sin misericordia.—Uno solo fué tratado de este modo; despues nadie se negó. Todo esto es terrible, pero se vencieron los obstáculos, gracias á este carácter de hierro, y el canal imperial pudo llevarse hasta mas abajo de Zaragoza, convirtiendo con sus aguas en fertilísimas campiñas, tierras antes pobres y abandonadas. El canal no está concluido; mas aun asi, es el primero de España y uno de los primeros de Europa.

Al estallar la revolucion de 1868 se hallaba de Gobernador civil y á la vez de Alcalde Corregidor de Zaragoza D. Antonio Candalija, hoy Gobernador de Málaga. Autoridad enérgica y celosa, consagró todos sus esfuerzos á introducir mejoras importantes en mi ciudad natal. Entre otras, rebajó y adoquinó muchas calles; levantó una estatua de bronce al canónigo Pignatelli; abrió una esposicion agrícola; construyó para ella un elegante edificio en el sitio mas hermoso de la ciudad; y abrió una calle desde la magnífica del Coso hasta el templo del Pilar, frente á su cúpula principal, á cuya calle se le ha puesto el nombre de Alonso I El Batallador, que fué el que reconquistó á Zaragoza de los moros. Para la apertura de la nueva calle, hoy una de las mas hermosas, faltaba dinero, escaseaban los trabajadores, los propietarios resistian la espropiancio. El Sr. Candalija encontró dinero y trabajadores, pagando los jornales á 10 reales diarios, y venció las resistencias de algunos propietarios, llamándolos una, dos y tres veces á su despacho. Mi hermano me contaba que el derribo de las casas se verificó durante el invierno, y que hacia un frio espantoso: apesar de esto y de las ocupaciones incesantes que rodeaban al Sr. Candalija, como Gorbernador y Alcalde Corregidor, iba mañana y tarde á presenciar las obras del derribo. En cuanto los trabajadores le veian decianse unos á otros—«por alli viene Candalija:»—entonces se calentaban con sus alientos sus cadáveres heladas manos, empuñaban los picos y azadones, y trabajaban como desesperados.

Los zaragozanos consagrarán siempre un reconocimiento profundo é inestinguible á Pignatelli y Candalija.

Alla vá otro rasgo histórico, y será el último. Mi padre que acompañó como voluntario á Palafox en sus salidas contra los ejércitos de Napoleon I, y y que se halló en los dos sitios inmortales de Zaragoza, de aquella ciudad siempre heróica, que cayó magestuosamente envuelta en un gran manto de escombros, de muertos y de moribumbos, mi padre, repito, me contaba siendo yo niño, que luego que se rindieron á los franceses, estos les mofaban diciéndoles—«Vuestro general tal ha sido deshecho.»—No importa, esclamaban los zaragozanos.—Vuestro general cual ha sido espantosamente derrotado.»—No importa, repetian.—«Vuestros generales Castaños y Reding, los vencedores de Bailen han perdido sus ejércitos y el segundo hasta la vida.»—No importa volvian á repetir, y esta era la contestacion de los españoles todos de la guerra de la independencia.

Refiérese que hablando un dia Napaleon I con sus grandes mariscales sobre la porfiada resistencia que los españoles oponian á los ejércitos franceses, el gran Emperador les dijo,—«los españoles tienen un gran general, un general mejor que todos nosotros, á quien no podremos vencer.»—Los mariscales se miraron unos á otros con asombro.—«Señor, dijo uno de ellos, nosotros hemos derrotado siempre á todos los generales españoles, hemos destrozado todos sus ejércitos y no nos hemos encontrado ningun gran capitan.—¿Quien es ese invencible general?»—«El general *no importa*, contestó Napoleon, que acabará con todos nosotros.»

Algo de este temple de alma tiene el diputado á quien he aladido. Hace pocos dias le esponia yo mis temores de que las conferencias agrícolas no darian todos los resultados que serian de desear.—Tengamos perseverancia, me contestó: ¿no se-